

# TIERNO «PAPILLON»

NOS conocimos en Las Palmas de Gran Canaria, por la primavera de 1970. El francés aventurero, el francés escritor -a mi lector la responsabilidad de cargar su acento -donde prefiera-, vivía entonces su propia primavera esplendente y eso que en una biografía normal el tiempo de las ilusiones habría quedado atrás. Pero no, no era una biografía normal la que culminaba rebautizando a Henri Charrière con el nombre de «Papillon». Más águila que mariposa; volaba ahora de país en país; de muchedumbre en muchedumbre: entrevistas: focos sobre sus facciones duras aunque gastadas; besos de jóvenes lectoras impetuosas. La admiración de muchos. El escándalo de algunos.

Yo no tenía ningún deseo de conocer al personaje. Tampoco tuve el menor reparo cuando nuestro encuentro se produjo, por eso de que, como en el Tercio (Papillon tenía un aire legionario), «nada importa su vida anterior». En la sobremesa de unos conejos bien aromados, cerca de la Caldera de Bandama, intercambiamos cortésmente las impresiones de nuestras respectivas horas isleñas. Él me dijo que le dolía terriblemente la muñeca, de dedicar cientos y hasta miles de ejemplares. Yo le dije que mi firma, bien anunciada en los periódicos, había llevado a la Librería Lara una veintena escasa de compradores, incluyendo a tres o cuatro que eran paisanos míos. Él me dijo que envidiaba mi manera de hacer literatura. Yo le dije que me hubiera gustado un poco más de clientela, no mucha, sólo un poco más. Pienso que los dos éramos sinceros. Y que ni Charrière se hubiera cambiado por mí, ni yo por Charrière.

En estos tres años últimos me fueron llegando algunos recuerdos, de Venezuela, de Buenos Aires, postales con escritura enérgica y al, mismo tiempo infantil, precaria en su sintaxis castellana. Y no hace mucho, otra vez en persona: junto al mar del Sur. El friso dorado que servía de fondo a la vida del viejo prisionero empezaba a ennegrecerse máculas del infortunio. «Acabo de perder un ojo» -me dijo con apocamiento-. Aunque en seguida le salía la fiereza, tan acorde con su talante: «¡Pero puedo conducir!» Papillon tenía buenas razones para, reconocer el vigor del símbolo, la distancia entre conducir y ser conducido.

Mi último recuerdo directo de Henry Charrière es su propuesta insólita, en la tarde fuengiroleña y suave: que escribiéramos, él y yo, un libro en colaboración.

Yo no he saltado nunca la presa que saltan los mozos de mi pueblo, seguro que no acertaría a prender un fuego solitario frotando maderas; apenas he disparado una

escopeta. Y nado tan mal...

-No, no -la inteligencia, de Papillon, traspasa-, no es lo, que estás pensando -me dijo-. Un libro tierno, poético, de cuentos para los niños...

Fue la postrer noticia de Papillon, hasta que hoy me enteran de su muerte. Hablaba, ya, con una voz rota que no presagiaba nada bueno.

**Antonio PEREIRA**